

poder, como sucede á todos los partidos vencidos, se veían obligados á justificarse todos los días y á protestar de que no conspiraban. El resultado que produce semejante posición es avivar el deseo de ver conspirar á los demás y la repugnancia de hacerlo uno mismo. Por esto decían diariamente los montañeses: *el pueblo se sublevará; es preciso que se subleve*; pero no se hubieran atrevido á concertarse con él para organizar este levantamiento. Referíanse, sin embargo, algunas expresiones imprudentes de Duhem y Maribón-Montaut, proferidas en un café; y como ambos tenían muy poca reserva y miramiento, era creible que las hubiesen pronunciado; se repetían alocuciones de Leonardo Bourdón á la sociedad de la sección de la calle de Vert-Bois, que eran en sí verosímiles; pero ninguno de ellos estaba en inteligencia con los patriotas. En cuanto á Billaud, Collot y Barrere, más interesados que nadie en un movimiento, tenían, entrometiéndose en él, agravar su situación, ya sobradamente peligrosa.

Marchaban, pues, solos los patriotas y sin mucha conformidad, como sucede siempre que no hay jefes conocidos. Agitábanse entre sí, se daban citas de calle en calle y de barrio en barrio, y se avisaban de que tal ó cual distrito iba á hacer una petición ó á intentar un movimiento. Al comienzo de una revolución, cuando un partido está en sus principios y tiene todos sus jefes, cuando el triunfo y la novedad arrastran á la multitud, desbaratando á sus adversarios con el ímpetu de su embestida, suple con su arrebató la falta de unidad y orden; pero cuando los jefes influyentes han desaparecido, esa disciplina, que es casi siempre imposible, llega á serlo absolutamente. Tal era la posición del partido patriota en ventoso, año III (fin de marzo). No era ya el torrente de 14 de julio, 5 y 6 de octubre, 10 de agosto y 31 de mayo, sino la reunión de algunos hombres agueridos en antiguas discordias, gravemente comprometidos, llenos de energía y obstinación; pero más capaces de combatir con desesperación que de vencer.

Siguiendo la antigua costumbre de hacer que precediese á cualquier movimiento una representación imperiosa, aunque en términos mesurados, redactaron una las secciones de Montreuil y de los Trescientos, que estaban comprendidas en el arrabal de San Antonio, muy semejante á las que se habían hecho antes de los grandes levantamientos. Se convino en que se había de presentar en 1.º germinal (21 de marzo), día en que los comités habían resuelto presentar la ley de orden público concebida por Sieyes. Además de la diputación que debía llevar la petición, una reunión de patriotas cuidó de encaminarse á las Tullerías, donde agolpándose en numerosos grupos, gritaba como era costumbre: *¡Viva la Convención! ¡Vivan los jacobinos! ¡Mueran los aristócratas!* Los jóvenes de pelo rizado y valona negra habían salido también del Palacio Real hacia las Tullerías, formando grupos opuestos y gritando por su parte: *¡Viva la Convención! ¡Mueran los terroristas!* Introdujéronse en la barra los peticionarios y usaron un lenguaje sumamente templado al explicar su petición. Recordaron los sufrimientos del pueblo, sin agriar las circunstancias; refutaron las acusaciones dirigidas contra los patriotas, sin acriminar á sus adversarios; hicieron notar solamente que en estas acusaciones no se hacía caso de los servicios pasados ni de la crítica posición

en que se habían hallado, confesando, sin embargo, que se habían cometido excesos; pero añadieron que los partidos, cualesquiera que fuesen, se componían de hombres y no de dioses.

«Las secciones de los Trescientos y de Montreuil, dijeron, no vienen á pedir como medidas generales ni la deportación, ni la efusión de sangre contra tal ó cual partido, medidas que confunden el error con el crimen; no ven en los franceses más que hermanos, organizados de distinto modo, es verdad, pero individuos todos de la misma familia; vienen á pedirnos os valgáis de un medio que está en vuestra mano, y es el único que puede terminar nuestras borrascas políticas: la Constitución del 93. Organizad desde hoy esta Constitución popular que el pueblo aceptó y juró defender, pues ella conciliará todos los intereses, calmará todos los ánimos y os conducirá al término de vuestros afanes.»

Esta insidiosa proposición comprendía en sí cuanto podían desear los revolucionarios en aquel momento, pues en efecto pensaban que la Constitución, expulsando á la Convención, daría la legislatura, el poder ejecutivo y las administraciones municipales á sus jefes y á ellos mismos. Muy craso error era este; pero así lo esperaban, y creían que sin emitir deseos peligrosos, como la libertad de los patriotas, la suspensión de todos los procedimientos y la formación de un nuevo Ayuntamiento en París, lo verían cumplido todo con sólo poner en vigor la Constitución. Si la Asamblea se negaba á su exigencia, ó no se explicaba terminantemente ni fijaba una época cercana, declaraba que no quería la Constitución del 93. El presidente Thibaudeau les respondió con mucha energía, concluyendo con estas palabras tan severas como poco halagüeñas:

«La Convención no ha atribuido jamás las peticiones insidiosas que se le han dirigido á los fuertes y sinceros defensores de la libertad que ha producido el arrabal de San Antonio.»

Apenas había acabado el presidente, cuando sube el diputado Chasles á la tribuna para pedir que se exponga en el salón de sesiones la declaración de derechos, como la prescribe un artículo de la Constitución. Tallián le reemplaza en la tribuna, y dice:

«Yo pregunto á esos hombres que tan ardientes defensores se muestran hoy de la Constitución y que parecen haber adoptado el santo y seña de cierta secta que se formó al fin de la Constituyente, esto es, *la Constitución, sólo la Constitución*; yo les pregunto si no son ellos los que la han encerrado en una caja.»

Interrumpen á Tallián aplausos por una parte y murmullos y gritos por otra, mas él prosigue en medio del alboroto:

«Nada me impedirá manifestar mi opinión cuando estoy entre los representantes del pueblo. Todos queremos la Constitución, con un gobierno fuerte, con el gobierno que ella prescribe, y no conviene que algunos individuos hagan creer al pueblo que hay en esta Asamblea quien no quiere la Constitución. Es preciso tomar hoy precauciones para impedir que se calumnie á la respetable y pura mayoría de la Convención.—Sí, sí, gritan por todas partes.—Á esta Constitución, añade Tallián, después de la cual han planteado, no leyes que debían completarla y hacer posible su ejecución, sino un gobierno revolucionario, á esta Constitución es pre-

ciso darle impulso y vida. Pero nosotros no tendremos la imprudencia de querer practicarla sin leyes orgánicas para entregarla incompleta y sin defensa á los enemigos de la república. Por esto pido que inmediatamente se dé un informe sobre los medios de practicar la Constitución, y que desde ahora se decrete que no habrá poder alguno entre el actual gobierno y el que haya de quedar definitivamente.»

Tallián baja de la tribuna en medio de las generales muestras de satisfacción de la Asamblea, á quien acaba de sacar del apuro su respuesta. La composición de las leyes orgánicas era un pretexto muy feliz para prolongar la promulgación de la Constitución y suministrar un medio de modificarla: esta era la ocasión propicia de revisarla, como se hizo con la Constitución del 91. El diputado Miaulle, montañés muy moderado, aprueba la opinión de Tallián y admite como él que no debe precipitarse el planteamiento de la Constitución; pero sostiene que no hay inconveniente en darla publicidad, pidiendo que se grabe en tablas de mármol y se fije en los sitios públicos. Thibaudeau, alarmado con esta publicidad que se pretendía dar á la Constitución en un momento de delirio demagógico, cede el sillón de la presidencia á Clausel y sube á la tribuna.

«Legisladores, exclama, nosotros no debemos parecer á aquellos sacerdotes de la antigüedad que tenían dos modos de explicarse, el uno secreto y el otro público, sino que debemos tener valor para decir lo que pensamos acerca de esta Constitución, y aunque me cueste la vida, como costó el año pasado á los que quisieron hacer observaciones contra ella, he de hablar.» Después de una larga interrupción de aplausos, añade Thibaudeau con osadía que sería arriesgado publicar una Constitución que ciertamente no conocen los que la ensalzan tanto. «Una Constitución democrática, dice, no es aquella en que el pueblo solo ejerce todos los poderes...—No, no, exclaman varias voces.—Es, prosigue el orador, aquella en que por una prudente distribución de todos los poderes goza el pueblo de la libertad, de la igualdad y del sosiego. Pues yo no veo esto en una Constitución que al lado de la representación nacional colocase un ayuntamiento usurpador ó unos jacobinos facciosos; que no concediese á la representación nacional el mando de la fuerza armada en el sitio en que celebra sus sesiones, privándola así del recurso de defenderse y mantener su dignidad; que otorgase á una fracción del pueblo el derecho de levantamiento parcial y la facilidad de trastornar el Estado. En vano nos aseguran que una ley orgánica corregirá todos estos inconvenientes; la legislatura puede cambiar alguna ley sencilla, pero disposiciones tan importantes como las que comprenden estas leyes orgánicas deben ser inmutables como la Constitución misma. Además, leyes orgánicas no se hacen en quince días ni en un mes, y entretanto pido que no se dé publicidad ninguna á la Constitución; que se preste vigor al gobierno, y aun, si es preciso, nuevas atribuciones al comité de salvación pública.»

Thibaudeau desciende de la tribuna en medio de los nutridos aplausos tributados á su atrevida declaración, y al instante se propuso cerrar el debate, como se verificó en efecto casi por unanimidad. Los montañeses, irritados, dijeron que no se habían podido oír las palabras del presidente, ni sabían lo que había propuesto;

pero no se les hizo caso y se siguió adelante. Entonces propuso Legendre que se formase una comisión de once individuos que se ocupara sin demora de las leyes orgánicas que debían acompañar á la Constitución, idea que se adoptó al punto.

Los comités anunciaron en este momento que tenían que hacer una comunicación importante, y Sieyes subió á la tribuna para presentar su ley de orden público.

Mientras esto acontecía en el interior de la Asamblea, reinaba por fuera el mayor desorden. Los patriotas del arrabal, que no habían podido entrar en el salón, se habían esparcido por el pretil y el jardín de las Tullerías, esperando con impaciencia y con su acostumbrada gritería el resultado del paso dado con la Convención. Algunos que habían bajado de las tribunas fueron á contar á los demás lo que pasaba, y mintiendo en su narración, les dijeron que los peticionarios habían sido maltratados. Aumentóse entonces el alboroto: los unos se dirigieron á los arrabales para anunciar que se había maltratado á sus enviados en la Convención, los otros recorrían el jardín en busca de los jóvenes, persiguiendo á los que encontraban. Tres habían caído en sus manos y los arrojaron al estanque de las Tullerías.

Viendo este desorden, el comité de seguridad general mandó tocar llamada á fin de reunir las secciones inmediatamente, pero el riesgo urgía y se necesitaba algún tiempo para convocarlas. El comité se hallaba rodeado de una multitud de jóvenes que habían acudido, en número de mil ó mil doscientos, armados de paños y dispuestos á acometer á los patriotas, los cuales no habían hallado aún resistencia alguna. Aceptó el comité su auxilio, y como les autorizase para mantener el orden en el jardín, arrojáronse entonces á los grupos que gritaban *¡Vivan los jacobinos!*, los dispersaron después de una refriega bastante larga, y obligaron á algunos á refugiarse en el salón de la Convención. Varios patriotas que subían á las tribunas infundieron, con la precipitación de su entrada, una especie de turbación en los ánimos. En aquel instante acababa Sieyes de leer su informe sobre la ley de orden público, y no cesaban de gritar en la Montaña que se difiriese, porque era, según ellos, una ley de sangre, una ley marcial, y se intentaba que la Convención saliese de París.

Mezclóse á estos gritos el ruido de los que venían huyendo del jardín, y entonces subió de punto el alboroto, oyéndose una voz muy fuerte que decía: «¡Los realistas asesinan á los patriotas!» Oíase al mismo tiempo tal motín en las puertas, que el presidente se vió obligado á cubrirse y la mayoría de la Asamblea decía que ya se estaba verificando el riesgo previsto por la ley de Sieyes y que era preciso votarla inmediatamente. «¡Á la votación! ¡Á la votación!» exclamaron; y en efecto, se puso á votación y quedó al punto aprobada por la inmensa mayoría entre estrepitosos aplausos.

Los individuos de la izquierda rehusaron tomar parte en la deliberación, hasta que por fin se restableció poco á poco la calma y lograron hacerse oír los oradores, diciendo Duhem que se había engañado á la Convención. Entonces entró Clausel y dijo que venía á tranquilizar á la Asamblea. «No tenemos necesidad de que nos tranquilicen», contestaron muchas voces. Clausel continuó diciendo que los buenos ciudadanos habían hecho un antemural de sus cuerpos en defensa de



la representación nacional, pero le replicó Ruamps que él era quien había provocado aquellas reuniones para hacer pasar una ley atroz. Quiso contestar Clausel, pero no pudo conseguir que le oyeran, y entonces se principió á combatir aquella ley votada con tanta precipitación. «La ley está ya dada, dijo el presidente, y no puede discutirse de nuevo.—No importa, contestó Tallián, aquí se conspira con los de fuera, y conviene que vuelva á discutirse el proyecto, probando que la Convención sabe deliberar aun en medio de los asesinos.»

Se adoptó la proposición de Tallián y se abrió de nuevo la discusión sobre el proyecto de Sieyes con alguna más tranquilidad. Entretanto restablecíase por fuera el orden y los jóvenes vencedores de los jacobinos solicitaron presentarse en la Asamblea por medio de una diputación, protestando de sus intenciones patrióticas y de su amor á la representación nacional. Retiráronse después de ser vivamente aplaudidos, y la Asamblea, continuando el debate de la ley de orden público sin más interrupción, la votó artículo por artículo y se separó finalmente á las diez de la noche.

Estos sucesos convencieron á los dos partidos de que se hallaba próximo algún acontecimiento extraordinario. Los patriotas, rechazados con la negativa en la Convención y apaleados en el jardín de las Tullerías, fueron á desahogar su cólera á los arrabales, incitando al pueblo á un movimiento revolucionario. La Asamblea comprendió perfectamente que iba á ser atacada y pensó valerse de la ley tutelar que acababa de expedir.

Al día siguiente debía entablarse una discusión tan grave como la anterior, pues iban á ser oídos ante la Convención Billaud, Collot, Barrere y Vadier. Muchos patriotas y mujeres acudieron muy temprano para llenar las tribunas; pero los jóvenes se habían adelantado é impidieron que entrasen las segundas, expulsándolas asaz bruscamente, por lo cual se suscitaban algunas riñas alrededor de la sala. Sin embargo, numerosas patrullas, diseminadas en los alrededores, conservaron la tranquilidad pública; llenáronse las tribunas sin gran tumulto, y desde las ocho de la mañana hasta el mediodía se pasó el tiempo entonando himnos patrióticos. Por una parte se cantaba el *Despertar del pueblo* y por la otra la *Marsellesa*, hasta tanto que llegasen los diputados á ocupar sus puestos. Por fin tomó asiento el presidente á los gritos de ¡Viva la Convención! ¡Viva la república! Los acusados fueron á sentarse en la barra, y esperóse el debate con el mayor silencio.

Roberto Lindet pidió al punto la palabra para una cuestión de orden: sospechábase que este hombre irrepreensible, á quien no se había osado acusar con los otros individuos del comité de salvación pública, iba á defender á sus antiguos colegas, y á fe que podía hacerlo, porque era más extraño aún que Carnot y Prieur de la Cote-d'Or á las medidas políticas del antiguo comité de salvación pública. No había aceptado el cargo de atender á los abastecimientos y transportes sino con la condición de no intervenir en las operaciones de sus colegas, de no deliberar con ellos nunca y hasta de ocupar otro local con su oficina. Rehusó la responsabilidad antes del peligro, y llegado éste, presentóse generosamente á reclamarle. Pensábase que Carnot y Prieur de la Cote d'Or iban á seguir el ejemplo, y por eso se ele-

varon varias voces en la derecha para oponerse á que hablara Roberto Lindet. «La palabra corresponde á los acusados, dijeron, y deben tomarla antes que sus acusadores y defensores.—Ayer, dijo Bourdón de l'Oise, se tramó un complot para salvar á los acusados; frustráronle los buenos ciudadanos, y hoy se recurre á otros medios: despertando los escrúpulos de hombres honrados á quienes la acusación separó de sus colegas, se quiere invitarles á que se asocien á los culpables para retardar la justicia con nuevos obstáculos.»

Roberto Lindet contestó que era á todo el gobierno al que se quería juzgar; que había sido individuo de él, y que por consiguiente no debía consentir en ser separado de sus colegas, por lo cual pedía su parte de responsabilidad. Dificilmente se osa resistir á un acto de valor y generosidad, y Roberto Lindet obtuvo la palabra. Reseñó extensamente los inmensos trabajos del comité de salvación pública; demostró su actividad, su previsión y eminentes servicios, é hizo comprender que sólo la excitación del celo producido por la lucha había causado los excesos de que se reconvenía á ciertos individuos del gobierno.

Este discurso de seis horas no fué oído sin muchas interrupciones; algunos ingratos, olvidando ya los servicios de los hombres á quienes se acusaba, creían que aquella enumeración era larga, y hasta varios individuos incurrieron en la grosería de decir que era preciso se imprimiese aquel discurso á expensas de Lindet, porque costaría demasiado á la república. Los girondinos se alarmaron al oír que se trataba de la insurrección federalista y de los males que había causado, y cada partido halló motivo de queja.

Fijóse por último hora para el día siguiente, resolviendo no tolerar más tan largas declaraciones en favor de los acusados. Sin embargo, Carnot y Prieur de la Cote-d'Or querían ser oídos á su vez, y á semejanza de Lindet, prestaron generoso auxilio á sus colegas, justificándose al mismo tiempo de muchas acusaciones que no podían caer sobre Billaud, Collot y Barrere, sin alcanzarles á ellos mismos. Las firmas de Carnot y de Prieur de la Cote-d'Or figuraban efectivamente en las órdenes que constituían el principal cargo contra los acusados. Carnot, cuya reputación era inmensa, de quien se decía en Francia y en Europa que había *organizado la victoria*, cuyas valerosas luchas con Saint-Just y Robespierre eran conocidas; Carnot, que no podía menos de ser escuchado con la mayor consideración y una especie de respeto, obtuvo la palabra. «A mí me corresponde, dijo, justificar al comité de salvación pública, á mí, que osé el primero atacar de frente á Robespierre y Saint-Just.»

Hubiera podido añadir: A mí, que osé atacarlos cuando vosotros acatabais sus menores órdenes, decretando á su antojo todos los suplicios que os pedían. Después de explicar cómo su firma y las de sus colegas más extraños á los actos políticos del comité se hallaban al pie de las órdenes más sanguinarias, añadió: «Agobiado por numerosas atenciones, teniendo trescientos ó cuatrocientos asuntos que despachar cada día y sin tiempo á menudo para ir á comer, habíamos convenido en prestarnos mutuamente las firmas que estampábamos en una infinidad de documentos sin leerlos. Yo firmaba los procedimientos criminales y mis colegas

traslaciones y planes de ataque, sin que unos ni otros tuviéramos tiempo de explicarnos. La necesidad de efectuar tan ímprobo trabajo había exigido esta dictadura individual que nos habíamos conferido recíprocamente, sin lo cual no habría sido posible llevar á cabo la tarea. Yo firmé sin saberlo la orden de encarcelar á uno de mis mejores empleados en la guerra, orden con la cual atacaba á Saint-Just y Robespierre, denunciándolos como usurpadores. Así, pues, nuestra firma no prueba nada, ni puede ser en modo alguno la de nuestra participación en los actos de que se acusa al antiguo gobierno.» Carnot se consagró entonces á justificar á sus colegas acusados, y conviniendo, sin decirlo expresamente, en que se habían contado en el número de los hombres apasionados y violentos del comité, aseguró que se pronunciaron los primeros contra el triunvirato, y que el indomable carácter de Billaud Varennes había sido el mayor obstáculo que Robespierre encontró á su paso. Prieur de la Cote d'Or, que en la fabricación de municiones y armas había prestado tan grandes servicios como Carnot, y que dió las mismas firmas y de igual modo, repitió la declaración de Carnot, pidiendo como él y Lindet ser partícipe de la responsabilidad que pesaba sobre los acusados.

La Convención quedaba de nuevo sumida por estos incidentes en las mismas dudas y perplejidades anteriores, que sólo habían producido una terrible confusión. Un ejemplo semejante, dado por tres hombres que gozaban de una reputación universal y que se declaraban cómplices del antiguo gobierno, ¿no era una advertencia que hacían á aquélla? ¿No querían decir que todo el mundo había sido más ó menos cómplice de los antiguos comités, y que toda la Convención debía solicitar ella misma la prisión, como Lindet, Carnot y Prieur? En efecto, no había atacado al despotismo sino después que los tres hombres que quería castigar hoy como sus cómplices; y en cuanto á sus pasiones, había participado de todas, y hasta era más culpable que ellos si no las sintió, porque había sancionado todos sus excesos. Por eso degeneró el debate durante los días 4, 5 y 6 germinal (24, 25 y 26 de marzo) en un tumulto espantoso. A cada momento se hallaba comprometido el nombre de un nuevo individuo; quería justificarse, hacía cargos á su vez, y por una y otra parte se mezclaban en discusiones tan prolijas como peligrosas. Decretóse entonces que solamente los acusados y los individuos de la comisión usasen de la palabra para discutir los hechos, artículo por artículo, y se prohibió á todo diputado tratar de justificarse si se pronunciaba su nombre; pero fué inútil el decreto, porque el debate se hacía general á cada momento, y no hubo acto que no se echasen en cara unos á otros con terrible violencia.

La agitación que existía desde los días anteriores se acrecentó, y sólo se oía ya un grito en los arrabales. Es preciso ir á la Convención á pedir pan, la Constitución del 93 y la libertad de los patriotas. Por desgracia no llegó á París el día 6 la cantidad de harina necesaria para suministrar los mil ochocientos sacos, y no se distribuyó en la mañana del 7 sino la mitad de la ración, prometiéndose la otra para la tarde. Las mujeres de la sección de Cravilliers, en el barrio del Temple, rehusaron la media ración que se les quería dar, reuniéndose tumultuosamente en la calle de Vert-Bois; algunas, que

tomaron la palabra, esforzándose por formar un grupo, llamando á cuantas mujeres encontraban, y así se dirigieron á la Convención. Entretanto los alborotadores corrieron á la casa del presidente de la sección, y apoderándose por violencia de la campanilla y de la llave del salón de sesiones, formaron una asamblea ilegal. Después de nombrar un presidente constituyeron la mesa y leyeron varias veces el artículo de la declaración de los deberes que proclamaba la insurrección como un derecho y un deber.

Mientras ocurría esto, las mujeres habían continuado su marcha hacia la Convención, y producían un gran tumulto á sus puertas, pues querían entrar todas en tropel, y sólo se dió permiso á veinte. Una de ellas, tomando la palabra descaradamente, se quejó de que sólo habían recibido media libra de pan; y como el presidente quisiera contestar, gritaron todas: «¡Pan, pan!», interrumpiendo con las mismas voces las explicaciones que trataba de dar Boissy d'Anglós sobre la distribución hecha por la mañana. Al fin se las obligó á salir y continuó la discusión sobre los acusados. El comité de seguridad general hizo conducir á sus casas á las mujeres por medio de patrullas, enviando uno de sus individuos para que se disolviese la reunión ilegalmente formada en la sección de Gravilliers. Los que la componían rehusaron al principio acceder á las invitaciones del representante que les enviaban, pero al ver la fuerza se dispersaron. Por la noche se prendió y condujo á la cárcel á los principales instigadores.

Esta era ya la tercera tentativa de insurrección: el 27 ventoso hubo agitación con motivo de las raciones; el 1.º germinal por la petición de los Trecentos, y el 7 por no haber sido suficiente la distribución de pan. Temíase un movimiento general para la primera década, día de ocio y de reunión en las secciones; y para evitar el peligro de una sesión nocturna, resolvióse disponer que se celebraran todas desde la una á las cuatro, medida muy insignificante que no podía evitar la lucha. Harto se sabía que la causa principal de estos motines era la acusación contra los antiguos individuos del comité de salvación pública y la prisión de los patriotas. Muchos diputados querían renunciar á las persecuciones, que aunque justas eran ciertamente muy arriesgadas, y Rouzet ideó un medio que dispensaba de juzgar á los acusados, salvando á la vez sus cabezas; era el ostracismo. Propuso desterrar por cierto tiempo á aquel cuyo nombre llegase á ser objeto de discordia, pero la proposición no fué escuchada.

Merlín de Thionville, termidoriano ardiente é intrépido ciudadano, comenzó á creer que acaso valdría más evitar la lucha, y en su consecuencia propuso convocar las asambleas primarias, poner inmediatamente en vigor la Constitución y aplazar el enjuiciamiento de los acusados hasta la próxima legislatura. Merlín de Douay apoyó energicamente esta opinión, y Guitón-Morveau emitió otra más atrevida. «El procedimiento que observamos, dijo, es un escándalo. ¿Adónde iremos á parar si se persigue á todos aquellos que han hecho proposiciones más sanguinarias que las que se imputan á los encausados? A decir verdad, no se sabe si concluimos ó volvemos á comenzar la revolución.» Inspiró fundados temores la idea de relegar en semejante momento la autoridad en una nueva Asamblea; tampoco se que-